

III

EN el magnífico y alumbrado portal encontré al portero, que se apartó á un lado, y á una familia inglesa. Un hombre simpático, fuerte, con grandes patillas negras á la inglesa, un sombrero negro, un abrigo en el brazo y un bastón en la mano, salía con paso lento y seguro, llevando del brazo á su señora, la cual lucía un riquísimo vestido de seda con cintas claras y magníficos encajes; á su lado iba una linda y fresca señorita, con un elegante sombrero suizo adornado con una pluma á *la mosquetero*, por debajo del cual caían sobre su blanco rostro largos y sedosos bucles rubios; delante saltaba una niña de diez años, á la cual se le veían las robustas rodillas por debajo de los finísimos encajes.

—Qué hermosa noche!—dijo con voz dulce y satisfecha la señora mientras yo pasaba.

—*Ohé!*—mugió perezosamente el inglés, que con seguridad se daba tan buena vida que no se sentía ni con ganas de hablar. Todos parecían muy contentos de estar en el mundo; sus movimientos y sus semblantes expresaban tanta indiferencia para con los demás, y tanta seguridad de que el portero al pasar ellos se separaría para saludar, que al volver encontrarían una cama limpia y una habitación tranquila y que todo era así porque ellos tenían ese derecho, que, á pesar mío, los comparé en aquel momento con el cantor ambulante, que cansado, hambriento quizás,

huía ahora mismo del desprecio de la gente: entonces comprendí lo que pasaba en mi corazón y en mi alma, y sentí una rabia profunda contra toda esa gente.

Dos veces pasé y crucé por delante del inglés, con la intención de no apartarme de delante de él y codearle; salí después del portal y corrí hacia la ciudad, en la dirección por donde había desaparecido el pobre cantor.

Acerqueme á tres personas que iban juntas, á las cuales les pregunté por el cantor y riendo me señalaron hacia adelante... Iba solo y andaba á paso ligero.

Parecía estar irritado y seguía murmurando entre dientes; acerqueme á él y le propuse ir á beber una botella de vino; iba andando deprisa y al oírme se volvió hacia mí, y al comprender de lo que se trataba, se paró.

—Bah! no puedo rehusar, pues sois tan bueno... Mirad... aquí cerca hay un café, podemos entrar, es muy modesto,—dijo señalando un cafetín que aun estaba abierto.

La frase «muy modesto» despertóme instantáneamente la idea de no ir á un café modesto, sino al mismo Schweizerhof, donde estaban los que le habían escuchado.

Con tímida emoción rehusó diferentes veces ir á Schweizerhof, alegando que aquello era muy rico; pero yo volví á insistir en mi idea y entonces, fingiendo que no estaba turbado, agitó alegremente la guitarra y me siguió por el muelle. Algunos jóvenes bromistas así que me acerqué al cantor, se acercaron también á escuchar lo que le decía, siguiéndonos hasta el portal, pues creyeron sin duda que iba á darle alguna guasa.

En el vestíbulo hallé un camarero al cual le pedí una botella de vino, éste nos miró sonriéndose y se alejó sin decir nada. El jefe de los camareros, al que me acerqué con el mismo objeto, me escuchó muy serio y examinando de pies á cabeza al mísero personaje que me acompañaba, indicó al portero con severo acento que nos llevase á la sala de la izquierda. Esta sala era un despacho de vino de lo más vulgar, en un rincón una criada coja lavaba el servicio, y por todo mueblaje había mesas y bancos de madera sin pintar; el camarero que nos sirvió nos miraba conteniéndose la risa y con las manos en los bolsillos hablaba con la criada coja, esforzándose visiblemente en darnos á entender que se sentía por su situación social y sus cualidades muy por encima del cantor, y que, no solamente no le humillaba servirnos, sino que era más bien una diversión para él.

—Deseáis vino ordinario?—preguntó guiñando el ojo con aire

de entendido dirigiéndose á mi interlocutor, mientras se pasaba la servilleta de un brazo al otro.

—Quiero *champagne* y del mejor,—dije tratando de tomar el aire más altanero y más imponente posible. Pero ni el *champagne* ni mi fingida altanería hicieron mella en el criado, el cual se quedó un momento mirándonos y sin darse prisa miró su reloj de oro, y á paso lento, como si se paseara, salió de la sala; no tardó en volver con el vino, acompañándole dos criados; sentáronse cerca de la criada y con sonrisa de protección nos miraban como los padres miran á sus hijos cuando juegan; tan sólo la criada parecía que no nos miraba con aire burlón sino con verdadera lástima.

A mí me desagradaba tener que hablar y convidar al cantor ante los ojos de los criados, esforzándome en hacerlo lo más natural posible. Con buena luz pude examinarle mejor; era un hombre muy bajo, bien proporcionado, casi un enano; cabellera lacia, negra, grandes ojos negros, lacrimosos y sin cejas; la boca, pequeña y muy agradable, plegábase de una manera muy bonita; las patillas y los cabellos, cortos; el vestido era simple y pobre, estaba sucio y roto y en general tenía el aspecto de un obrero; parecía más bien un vendedor pobre que un artista, tan sólo en sus húmedos y brillantes ojos y en su pequeña y plegada boca, se veía algo original y conmovedor; á juzgar por su aspecto se podía decir que era un hombre de veinticinco á cuarenta años; tenía treinta y ocho.

He aquí de qué manera tan franca me contó su vida.

Natural de Argovia, perdió á sus padres siendo aun muy niño, quedando sin ningún pariente; no habiendo tenido nunca medios de fortuna, tomó el oficio de ebanista, hacía de eso veintidós años, teniendo que abandonarlo á causa de haberle sobrevenido una caries en el hueso del brazo. Desde su infancia había mostrado grandes disposiciones para el canto y púsose á cantar. Los extranjeros de vez en cuando dábanle algún dinero, con el cual se compró una guitarra y empezó su profesión, haciendo diez y ocho años que andaba por Suiza é Italia, cantando delante de los grandes hoteles.

Todo su equipaje consiste en la guitarra y en la bolsa donde guarda actualmente un franco cincuenta céntimos, con lo cual tiene que comer y dormir esta noche. Todos los años recorre los sitios más frecuentados de Suiza, Zurich, Lucerna, Interlaken, Chamónix, etc. Por el monte San Bernardo se va á Italia y vuelve por San Gotardo ó Saboya. Ahora se le hace ya muy pesado andar y siente que el dolor de la pierna se le aumenta y empeora todos los años y que sus ojos y su voz cada día son más débiles. Apesar de eso, se va ahora á Interlaken y Aix-les-Bains y por el monte San Ber-

nardo entrará en Italia, que tanto le gusta. En general, parece estar muy contento de la vida. Cuando le pregunté por qué iba al pueblo, y si tenía en él parientes ó alguna casa ó tierras, plegó su boca con una alegre sonrisa y me contestó:

—Sí, el azúcar es bueno y es dulce... para los niños,—y guiñó el ojo hacia el criado; no comprendí lo quería decir; los criados echáronse á reír todos.

—No, nada, yo no tengo nada; si tuviera, iría así? Pero voy al pueblo porque, apesar de todo, hay algo que me atrae,—y con una dulce sonrisa repitió de nuevo la frase: «Sí, el azúcar es bueno...» riendo alegremente.

Los criados se divertían y se esforzaban por no reír á carcajadas; tan sólo la coja con sus grandes ojos miraba con lástima al cantor y hasta le recogió el sombrero, que durante la conversación, se había caído del banco.

He observado diferentes veces que á los cantadores, acróbatas y prestidigitadores que andan por el mundo les gusta llamarse artistas, y por ese motivo le hice entender diferentes veces á mi interlocutor que le tenía por un artista; pero él no quiso reconocer ese título, pues consideraba su trabajo como un simple medio de ganarse la vida. Cuando le pregunté si él mismo componía las romanzas que cantaba, extrañóse mucho de la pregunta, contestándome que no, que todas sus coplas eran cantos antiguos del Tirol.

—Cómo es eso, la canción del Righi es vieja?—le pregunté.

—Hace quince años que está compuesta; había en Basilea un alemán, un hombre muy inteligente... él fué quien la compuso. Esa hermosa canción la compuso para los viajeros;—y traduciéndola al francés empezó á recitar la canción del Righi, que tanto le gustaba:—Sí un día vas al Righi—No gastas zapatos hasta Weggis;—(Porque vas en el vapor),—En Weggis tomas un bastón;—Y del brazo tomas una niña.—Bebes un vasito de vino,—Pero no bebas mucho—Que el que quiere beberlo—Tiene que merecerlo.

—Oh! qué hermosa canción!—exclamó.

También gustó, sin duda, á los criados, porque se acercaron á nosotros.

—Y quién ha compuesto la música?—le pregunté.

—Nadie... para cantar delante de los extranjeros hay que inventar siempre algo nuevo.

Cuando nos trajeron el hielo y serví el *champagne* á mi interlocutor, sintióse avergonzado y, volviéndose hacia los criados; se

movió mucho en el banco. Brindamos á la salud de los artistas; bebióse medio vaso y, poniéndose pensativo, frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo que no he bebido un vino tan bueno; os lo aseguro. En Italia el vino de Asti es bueno, pero éste es mejor. Italia! allí se está bien!—añadió.

—Sí, allí se sabe apreciar la música y los artistas,—dije queriendo llevar la conversación hacia el fracaso de esta noche delante de Schweizerhof.

—No,—respondió.—En cuanto á música, allí no podría yo gustar á nadie. Los italianos son casi todos músicos como no hay otros en el mundo; yo no sé más que coplas tirolianas... de todas maneras, para ellos es algo nuevo.

—Y allí, los señores, no son más generosos?—continué deseando hacerle participar de la rabia que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof.—Allí pasa lo que aquí, donde en un gran hotel en que se hospedan solamente gentes ricas, cien personas escuchan á un artista sin darle nada?

Mi pregunta no produjo el efecto que esperaba; no solamente no despertó en él indignación, sino que en mis palabras vió un reproche á su talento como no siendo digno de recompensa, y probó de justificarse conmigo.

—No siempre se recoge mucho,—respondió;—además, la voz se gasta, se cansa; hoy he andado por espacio de nueve horas y he cantado todo el día. Es difícil... y á veces los grandes personajes, los nobles, no quieren escuchar á los cantores ambulantes.

—Sin embargo, cómo es posible no dar nada?—repetí.

El no comprendió mi observación.

—No es eso,—dijo.—*Aquí somos muy perseguidos por la policía.* Según las leyes de la república, no se puede cantar... Pero en Italia podéis ir por donde os plazca sin que nadie os diga una palabra. Aquí si os quieren dar permiso, está bien, sino os pueden meter en la cárcel.

—Cómo! Eso es posible?

—Vaya; si después de una primera observación continuáis cantando, pueden meteros en la cárcel. Yo ya he pasado tres meses,—dijo sonriendo como si fuera un agradable recuerdo.

—Ah! esto es horrible. Pero, por qué?

—Es así, según las nuevas leyes de la república,—continué animándose.—No quieren comprender que el pobre es necesario que viva de una manera ú otra; si no estuviera enfermo, ya trabajaría, y si canto, ¿le causo perjuicios á alguien? Qué justicia! Los ricos pueden reirse cuanto les plazca y á un pobre como yo no le

dejan vivir... Estas son las leyes de la república. Siendo así, vos no querréis la república, no es verdad, caballero? Nosotros no queremos la república, sino que queremos... queremos simplemente... queremos...—callóse un momento.—Queremos las leyes naturales.

Llené de nuevo su vaso.

—No bebéis?—le dije.

Tomó el vaso y me saludó.

—Ya veo lo que os proponéis,—dijo guiñando el ojo y amenazando con el dedo.—Queréis emborracharme y ver lo que hago después, pero no lo lograréis.

—Qué necesidad tengo de emborracharos? Lo único que deseo es daros gusto.

Sintió sin duda haberme ofendido interpretando mal mi intención, y confuso se incorporó y me tocó el codo.

—Nó,—dijo con voz suplicante y mirándome con los ojos húmedos.—Ha sido una broma.

Después pronunció una frase incomprensible para mí, pero que debía decir, seguramente, que yo era un buen muchacho.

Continuamos bebiendo y hablando, y los criados, sin pretender ocultarlo, nos miraban riendo, pareciéndome más bien que se burlaban de nosotros.

Apesar del interés de nuestra conversación, no podía menos que mirarles, causándome su actitud una profunda y creciente irritación. Uno de ellos se levantó y mirando al cantor por encima de los hombros se sonrió. Toda la cólera que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof y que no había podido descargar sobre nadie, confieso que tuve intenciones de descargarla sobre los insolentes criados. El portero entró en la sala sin quitarse la gorra, sentóse cerca de mí y se acodó en la mesa.

Esta última circunstancia hirió mi amor propio y mi orgullo, puso el colmo á la medida é hizo estallar la cólera que durante toda la noche había ido almacenando.

Cuando atravieso solo el umbral me saluda tímidamente, y ahora, porque estoy hablando con un cantor ambulante, por qué se sienta groseramente á mi lado? Sentí que mi indignación subía por momentos, excitándola yo mismo, pues obra en mí de una manera calmante, y me da entonces, á lo menos por unos instantes, una elasticidad extraordinaria, una energía y un fuego que me hace capaz de las mayores atrocidades físicas y morales.

Me levanté instantáneamente de mi sitio.

—De qué os reís?—pregunté al criado mientras sentí que mi semblante palidecía y que temblaban involuntariamente mis labios.

—Yo no me río, y sí me río...—dijo el criado retrocediendo.
—Sí, vosotros os reís de este hombre. Y qué derecho tenéis de estar aquí sentados cuando hay clientes? Cómo tenéis la audacia de sentaros!—dije.

El portero se levantó y murmurando retrocedió hasta la puerta.
—Con qué derecho os mofáis de este hombre y os sentáis á su lado, cuando él es un huésped y vosotros los criados? Por qué no os reís de mí durante la comida y os sentáis á mi lado? Porque va pobrementemente vestido y canta en la calle y yo llevo un buen traje! Es por eso? El es pobre, pero estoy seguro de que vale mil veces más que vosotros, pues no ofendé á nadie y vosotros le ofendéis.

—Pero, qué es lo que os pasa?—objetó tímidamente el criado.
—Acaso le impido estar aquí?

El criado no me comprendía y mi alemán estaba perdido. Entonces el portero quiso salir en defensa del criado, pero me dirigió vivamente á él, el cual hizo ver también que no me comprendía, haciendo un gesto con la mano. La coja, fuese que había notado mi estado y temía el escándalo ó fuese que era de mi opinión, se puso de mi parte y trató de interponerse entre el portero y yo, diciéndole que se callara, pues yo tenía razón, y suplicándome que me calmase.

—Este caballero tiene razón. Tenéis razón,—repitió.

El cantor estaba espantado; veíase que no comprendía la causa de mi acaloramiento, ni lo que yo quería, rogándome que nos fuéramos lo antes posible; pero la conversación me iba excitando cada vez más; en aquel momento me acordé de todo: de las gentes que se burlaban de él y que no le daban nada... y por nada del mundo hubiera querido calmarme.

Estoy convencido de que si el portero y los criados hubiesen estado menos conciliadores, me hubiera peleado con gusto con todos ellos juntos. Si en aquel momento me hubiese encontrado en Sebastopol, me hubiera lanzado á la bayoneta contra la trinchera inglesa con verdadero placer.

—Y por qué me habéis hecho entrar en esta sala y no en la otra, eh?—le dije al portero cogiéndole del brazo para que no se alejara de mí.—Qué derecho tenéis para juzgar por el exterior y creer que este señor debe estar en esta sala y no en la otra? Los que pagan no son iguales en los hoteles? No solamente en una república, sino en todo el mundo? Está bien vuestra república! Ahí tenéis la legalidad! No osaríais traer á un inglés á esta sala; á esos mismos ingleses que escuchaban á ese hombre sin darle un cénti-

mo, es decir, que cada uno de ellos le robaba los céntimos que debió darle!... Cómo os habéis atrevido á meternos en esta sala?

—La otra está cerrada,—dijo el portero.

—No,—grité.—No es verdad, la otra sala no está cerrada.

—Si vos lo sabéis mejor...

—Sí, lo sé, sé que mentís.

El portero encogióse de hombros.

—Qué os diré?—murmuró.

—No «qué os diré»; conducidme inmediatamente á la otra sala!

Apesar de los consejos de la criada y de las súplicas del cantor de que nos fuéramos, exigí al camarero que nos acompañase á la otra sala, á la cual llevé á mi interlocutor. El camarero, al oír mi irritada voz y ver mi semblante demudado, no se atrevió á discutir; pero, con una cortesía menospreciadora, me dijo que podía ir donde quisiese.

No pude convencer al portero de su embuste, pues desapareció antes de entrar en la sala.

En efecto, ésta era ancha, bien alumbrada y en una de las mesas estaban instalados para cenar el inglés y su señora. Me señalaron una mesa aparte; pero yo, con el cantor mal vestido, me senté cerca del inglés y ordené que nos trajeran la botella empezada.

El inglés, con extrañeza primero y con cólera después, miraba al pobre hombre, que más muerto que vivo se sentó cerca de mí. Cambiaron entre sí algunas palabras, la señora rechazó el plato y los dos se levantaron oyéndose el crugido seco de la seda. A través de la puerta vidriera ví al inglés enfurecido pedir explicaciones al camarero, señalando con la mano en dirección nuestra; el camarero se puso en el umbral y dió una mirada. Estaba esperando que vinieran á expulsarme, contento de poder al fin lanzar mi cólera y mi indignación contra ellos. Pero, por fortuna, apesar de que en aquel momento me desagradó, nos dejaron tranquilos. Mi acompañante, que antes rehusaba el vino, bebía ahora con avidez lo que quedaba en la botella á fin de salir lo antes posible. Sin embargo, aunque emocionado, me pareció que había agradecido el obsequio; sus ojos volviéronse aun más lacrimosos, pronunciando una frase de agradecimiento de las más extrañas é incomprensibles, frase en la que dijo que si todos apreciasen á los artistas tanto como yo, sería un gran bien para él y que me deseaba mucha felicidad, todo lo cual me agradó mucho.



IV

SALIMOS juntos hasta el vestíbulo dondè estaban los criados y el portero, que con seguridad se estaban quejando de mí; todos me miraban como á un loco; dí al cantor el tiempo necesario para mezclarse con el público y entonces, con todo el respeto posible y que yo era capaz de expresar, me quité el sombrero y le apreté con satisfacción la huesosa mano; los criados aparentaban no vernos y sólo uno se sonrió sardónicamente.

Cuando el cantor, después de haberme saludado, desapareció en la oscuridad, subí á mi habitación deseando olvidar la impresión y la cólera infantil que tan impensadamente me había sobrecogido; pero demasiado emocionado para poder dormir, salí de nuevo á la calle para andar hasta lograr calmarme y aún aseguro que tenfa ganas de encontrar ocasión para tropezar con el portero, el criado ó el inglés y demostrarles toda su crueldad y su injusticia; pero salvo el portero, que al verme me volvió la espalda, no encontré á nadie y me puse á pasear por el muelle.

«Que extraña suerte la de la poesía», pensaba mientras iba calmándome; «todos la aman y la buscan, pero no quieren que nadie reconozca su fuerza, que nadie aprecie ese bien, el mejor que existe en el mundo, y no se lo agradecen al que lo da á los hombres...

»Preguntad á cualquiera de los que habitan Schweizerhof, qué

es lo mejor que existe en el mundo, y todos, ó el noventa por ciento, os dirán con aire sardónico que el mejor bien es el dinero.

»Quizás esta idea no os plazca, quizás no concuerde con vuestras ideas superiores, dirán, pero qué vamos á hacer si la vida humana está organizada de esta manera, si el dinero es la sola cosa que hace feliz al hombre! No quiero impedir á mi espíritu que vea el mundo tal cuál es, añadirán; es decir, que vea la verdad.

»Miserable es tu espíritu! Miserable es la felicidad que deseas! Miserable criatura eres tú, que no sabes lo que te hace falta. Por qué todos dejáis vuestra patria, vuestra familia, vuestras ocupaciones, vuestros negocios y venís á esta pequeña ciudad de Suiza que se llama Lucerna? Por qué esta noche salisteis á los balcones y escuchasteis en silencio las canciones del pobre por-diosero? Y si hubiese querido cantar más, no hubierais guardado el silencio para escucharle? Qué? Podría nadie ni nada sacaros de vuestra patria y forzaros á venir á este rincón de Lucerna? Podrían, por dinero, teneros en un balcón durante media hora y haceros estar silenciosos é inmóviles? No! tan sólo una cosa os hace obrar así, una cosa que os moverá eternamente con mayor fuerza que los demás motores de la vida: es la necesidad de la poesía, que no reconocéis, pero que sentís y que sentiréis mientras os quede algo de humano. La palabra «poesía» os parece ridícula, la empleáis como en broma, no la admitís sino para los niños y para las jóvenes inocentes; el amor á lo poético no existe para vosotros y os mofáis de él diciendo que lo que os hace falta es lo positivo. Pero los niños observan la vida muy sanamente, quieren y saben lo que el hombre debe amar y lo que da la felicidad, y á vosotros os ha depravado de tal manera la vida, que os burláis de lo que queréis y buscáis lo que aborrecéis y es causa de vuestra desgracia. Estáis tan pervertidos que no comprendéis lo que debéis al pobre tiroliano que os ha hecho gustar de un placer puro y, sin embargo, os creéis en la obligación gratuita, sin utilidad ni placer, de humillaros delante de un lord, sin saber por qué, y de sacrificarle vuestra tranquilidad y vuestros gustos. Qué necedad! Cuánta insensatez!

»Pero no es eso lo que más me llama la atención esta noche; esta ignorancia de lo que da la felicidad, esta inconsciencia de los placeres poéticos, casi las comprendo, pues estoy acostumbrado á verlo así en este mundo. La crueldad grosera é inconsciente de la masa no es tampoco cosa nueva para mí. Los defensores del buen sentido del pueblo, pueden decir que éste es la unión de los honrados. Quizás!... pero se unen por la parte bestial y

despreciable, que no expresa más que la debilidad y la crueldad humanas. Pero, cómo, vosotros que sois hijos de un pueblo libre, cristiano, vosotros que sois hombres, cómo al placer que os ha hecho sentir un desgraciado, no contestáis sino con la indiferencia y la burla? En vuestro país hay asilos para los pobres; no hay pordioseros, no debe haberlos, ni tampoco ese sentimiento de compasión sobre el cual se basa la mendicidad. Pero él ha trabajado, os ha hecho gozar, os ha suplicado darle una parte de lo que os sobra, por el trabajo suyo en que os habéis recreado. Y vosotros, con una sonrisa fría, desde lo alto de vuestros brillantes palacios, le observabais como un fenómeno y entre todos vosotros, felices y ricos, no ha habido uno que le echara un céntimo! Avergonzado se alejó de vosotros, y el pueblo, insensato, persiguió é injurió... no á vosotros, sino á él; porque vosotros sois fríos, crueles, malvados, porque le habéis robado el placer que os ofrecía... por eso le injuriaron».



Y

EL siete de julio de 1857, en Lucerna, delante del hotel Schweizerhof donde habitan hombres ricos, un músico ambulante cantó y tocó la guitarra durante media hora, escuchándole más de cien personas. El cantador pidió tres veces á la gente que le diera algo, y ni uno sólo le dió nada y muchos se burlaron de él.

No es una invención, es un hecho cierto que pueden comprobar los que quieran, mirando en los diarios quiénes eran los extranjeros que ocupaban el hotel el siete de julio.

He aquí un hecho que los historiadores de nuestra época deben escribir en letras indelebles. Este suceso es más serio, más grande, tiene un sentido más profundo que los hechos anotados en los periódicos y en las historias. El hecho de que los ingleses han matado á miles de chinos porque no compran nada y acaparan el oro; que los franceses han matado á miles de kábilas porque el trigo crece mucho en Africa y que la guerra incesante es muy útil para formar las tropas; el hecho de que un judío no pueda ser embajador en Nápoles, ó que el emperador Napoleón se ha paseado á pie en Plombières y ha afirmado al pueblo que reinaba solamente por la voluntad nacional... todas esas son palabras que ocultan ó muestran lo que conocemos desde hace mucho tiempo; pero el hecho pasado en Lucerna el siete de julio, me parece totalmente

nuevo y extraordinario, no está tan en relación con el lado eternamente malo de la naturaleza humana como con cierto periodo del desarrollo de la sociedad. Es un hecho, no para la historia de los actos humanos, sino para la historia del progreso de la civilización.

Por qué ese acto inhumano, imposible en ninguna ciudad alemana, francesa ó italiana, es posible aquí, donde la civilización, la libertad y la igualdad están más elevadas, donde se reúnen los hombres más ilustres de las naciones más civilizadas? Por qué esos hombres inteligentes, generosos, y en general capaces de toda obra honrada y buena, no tienen sentimientos humanos para una obra de caridad personal? Por qué esos hombres que en las Cámaras, *meetings* y sociedades se preocupan vivamente del estado de los chinos en las Indias, del desenvolvimiento del cristianismo, de la instrucción en Africa, de la formación de sociedades para el mejoramiento de la humanidad, no encuentran en su alma el amor primitivo y simple del hombre para el hombre? Ese sentimiento no existe, y su lugar lo ocupan la ambición, la vanidad y la avidez, únicos que dirigen á esos hombres en las Cámaras, *meetings* y sociedades! Es que la extensión de la asociación razonada de los hombres, que llaman civilización, destruye y contradice las necesidades instintivas de la asociación por el amor? Es esta la igualdad por la que se derramó tanta sangre inocente y se cometieron tantos crímenes? El pueblo, como los niños, puede ser feliz con solo la palabra *igualdad*? La igualdad ante la ley! Pero acaso toda la vida de la humanidad se desarrolla en los dominios de la ley? No hay más que una milésima parte de humanidad que esté sometida á las leyes, el resto está fuera de la ley, en el dominio de las costumbres y de la sociedad; y en la sociedad el criado está mejor vestido que el cantor y le insulta impunemente. Yo estoy mejor vestido que el criado, é injurio impunemente al criado. El portero me considera como superior y cree que el cantor es menos que él. Cuando me vió sentado con el cantor se juzgó igual á nosotros y se volvió grosero; entonces me volví grosero con él y me reconoció superior á él; el criado volvióse grosero con el cantor y éste se le humilló... Este Estado es libre, lo que los hombres llaman positivamente libre, un Estado donde pueden encarcelar á un ciudadano por el solo hecho de no morir de hambre?

Desdichada, miserable criatura es el hombre con su necesidad de resoluciones siempre positivas y perfectamente determinadas, en medio de ese océano infinito del bien y del mal, de sucesos contradictorios y de consideraciones hijas de la pura convención! Los hombres luchan durante siglos y siglos, trabajando

para impulsar por un lado al bien mientras por otro impulsan al mal. Los siglos pasan y hay un *algo* indiferente á todo que rige la báscula del bien y del mal... y ésta no oscila, y el bien y el mal se equilibran.

Si al menos el hombre aprendiera á no juzgar ni pensar de una manera absoluta, á no dar respuesta á ninguna clase de preguntas, sólo para que estas preguntas siguieran siéndolo; si comprendiera al menos que todo pensamiento es falso y verdadero á la vez. Es falso por la *unilateralidad*, por la imposibilidad para el hombre de abarcar toda la verdad; y es verdadero, por ser expresión de una de las aspiraciones humanas. Se han hecho sub-divisiones en este caos eterno, móvil, infinito, mezcla del bien y del mal. Se han trazado líneas imaginarias sobre ese mar, esperando que se dividiera así, como si no hubiese un sin fin de otras sub-divisiones de diferente orden. Es cierto que esas nuevas divisiones son la obra de los siglos, pero millares de siglos han pasado y otros pasarán. La civilización es el bien; la barbarie, el mal; la libertad, el bien; la esclavitud, el mal. Y he aquí que su conocimiento imperfecto destruye por completo las necesidades instintivas, las mejores, las primordiales para el bien de la criatura humana. Y, quién me podrá definir lo que es la libertad, lo que es el despotismo, lo que es la civilización, lo que es la barbarie? Acaso se conocen los límites del uno y del otro? En el alma de quien esa medida del bien y del mal es tan cierta que se pueda evaluar por la misma los hechos corrientes y los complejos? En qué hombre el espíritu es tan grande, que pueda, ni aún en el inmóvil pasado, abarcar todos los hechos y pesarlos? Y cuál es el hombre en quien no hayan coexistido el bien y el mal? Y cómo sé yo que veo al uno más claramente que al otro, pues no me encuentro en el punto de mira verdadero? Y quién puede desligarse tan absolutamente de la vida, que pueda examinarla en un momento, con el espíritu, desde un punto de mira muy elevado? No hay en nosotros más que un solo guía impecable y seguro, el espíritu universal que penetra en todos y en cada uno de nosotros, que da á cada uno la aspiración de aquello que le es necesario. Es el mismo espíritu que ordena á la hierba crecer hacia el sol, á la flor dar sus frutos en otoño, y á nosotros aproximarnos inconscientemente los unos á los otros.

Y esta única é impecable voz es la que cubre y domina el ruidoso y activo desenvolvimiento de la civilización.

Quien es más humano ó más bárbaro: el lord que al ver el roído traje del cantor se levanta furioso de la mesa sin darle, por su trabajo, la millonésima parte de su fortuna, y ahora, después de

haber comido suculentemente, sentado en una hermosa y clara habitación, juzga con tranquilidad los asuntos de China y halla justas las muertes que allí se ocasionan; ó el cantor que, exponiéndose á la encarcelación, con unos cuantos céntimos en el bolsillo, vaga sin hacer daño á nadie durante veinte años por las montañas y los valles consolando á los hombres con su canto y á quien han ofendido, casi expulsado hoy, y que, fatigado, hambriento, avergonzado, se ha ido quizás á dormir sobre un montón de paja podrida?

En este momento y en el profundo silencio nocturno de la ciudad, lejos, muy lejos, oí la voz y la guitarra del hombrecillo. No, me dije espontáneamente, tú no tienes el derecho de quejarte ni de indignarte contra el bienestar del lord; quién ha pesado la felicidad interior escondida en el alma de cada uno de esos dos hombres? Ahora debe estar sentado en algún sitio, sobre el fangoso suelo, contemplando la brillante claridad de la luna, y canta alegremente en la tranquila y perfumada noche. En su alma no siente ni pesares, ni cóleras, ni remordimientos; y quién es capaz de averiguar lo que pasa en el alma de los hombres que están detrás de esos altos y ricos muros? Quién sabe si hay en ellos tanta alegría inconsciente y dulce de la vida, tanta afinidad con la naturaleza, como hay en el alma de aquel hombrecillo!

Infinita es la piedad y la bondad de Aquel que ha permitido y ordenado la existencia de todas estas contradicciones!

No es tan sólo para tí, diminuto gusano que, con increíble audacia, tratas de penetrar sus leyes y sus intenciones, no es tan sólo para tí que parecen existir estas contradicciones? El mira dulcemente desde su alta y clara inmensidad, alegrándose de la infinita armonía que existe dónde tú ves solamente contradicciones... En tu orgullo pensabas escapar á las leyes generales; no, y tú también, con tu mezquina indignación contra los criados, tú también has obrado de conformidad con las armoniosas leyes de lo eterno y de lo infinito...

Memorias de Petrushka

1856